

San José, Costa Rica

30 de Abril de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 80

Antonio Azorín

¿Por qué algunos días me siento tan amigo de Antonio Azorín? No sé por qué; pero sé que es así. Hoy, ayer, toda esta semana, Azorín es mi amigo, el mas íntimo de todos mis amigos.

Hoy hace sol; pero dentro de mí perdura la sensación tediosa de estos tres meses que llevamos grises. Tengo hambre y sed de primavera: todo mi cuerpo añora la tibieza del aire soleado y bien oliente, toda mi alma añora las serenidades de la confianza en sí misma; porque el gris del invierno me hace desconfiar, y este anhelo de sol y fe me ha puesto melancólico y desesperanzado. Yo no sé dónde ir ni qué hacer; sé que estoy triste como esos pueblos tristes que visita Azorín, esos pueblos donde, junto a la fuente que casi se ha secado, se oye el pausado campanear del toque de agonía. Sí, España es triste y el vivir es triste: por eso es mi amigo Antonio Azorín.

—¿Quién es este Azorín?—pregunta ella.—Es un hombre joven que vive en unos libros que tú has de leer. Tuvo cuando niño unos buenos maestros Escolapios, que le domaron la voluntad, de tan perfecta y rotunda manera, que hoy, pasados treinta años desde entonces, aun no acierta a querer por sí mismo: escucha como dice: «Yo soy un rebelde de sí mismo: hay en mí dos hombres: hay el *hombre voluntad* casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contradicción de todo lo natural y

fecundo: hay a parte de éste el segundo hombre, el *hombre-reflexión*, nutrido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos auto-análisis. El que domina en mí, por desgracia, es el hombre reflexión; yo casi soy un autómatas...»

En este capítulo yo soy hermano de Azorín. He nacido voluntarioso, activo, sensual, y he pasado la infancia con una voluntad inflexible pesando sobre mi voluntad y el miedo del infierno, un miedo sobrenatural, haciendo sombra a todos mis deseos...

Y ahora tampoco se querer y el estremecimiento de la vida apenas me conmueve.

Azorín se acuerda de un campito verde y de una casa blanca que atisbaba por la ventana del estudio. Y yo me acuerdo también de mis estudios. En la puerta que daba al jardín había una persiana pintada de rojo, y entre sus mirillas veía yo los cuadros cercados de evónimos y un ciprés rígido en cuyo tronco había un hormiguero; un cenador cubierto de parra, y como centinelas del cenador, dos grandes adelfas cuajadas de flores color de coral; en los cuadros había girasoles con cabezotas negras orladas de amarillo, y geranios sangrientos. Y en los ladrillos de una escalera crecía una mata de ruda, y al pie estaba un plantel de romero y volaban abejas sobre el plantel. Y en las horas de siesta, mientras ellas runruneaban—del romero a la adelfa, de la adelfa a la parra—despatarrada sobre las baldosas